

¿Hombre o mujer?

Jesús Figueredo

Seguro será cierta la información si les digo que en este día, a esta hora, varias familias de nuestras comunidades esperan descendencia. Muchas de ellas, sin saber aún que será, hembra o varón, niño o niña. Aún así, desde los sueños y los deseos se arriesgan a vaticinar el futuro.

Como quiera que sea, con el ultrasonido previo o con el alumbramiento real llegará el "bautizo social", ... mucho antes del bautizo religioso. Es el momento en que muchos y muchas se concentran de inmediato en la observación de los genitales: pene o vulva. Y así de sencillo se comenzará a implementar, sin ningún otro dato o reflexión adicional, la estrategia de crianza y educación para un "hombrecito" o una "mujercita", futuro hombre o mujer. De esta manera pareciera que la biología de cada ser humano marcará definitivamente el destino de ese recién estrenado ser.

Sin embargo, ya lo sabemos, otros elementos no biológicos --como el color de la canastilla, la decoración de la habitación, los juguetes, junto con un sinnúmero de motivaciones, visiones, deseos, sentimientos e intereses, concepciones de padres, madres, familiares, amigos y amigas, condicionadas y mediatizadas culturalmente-, comenzarán a hacer de la diferencia sexual una diferencia sociocultural que, sin lugar a duda, sentará su huella en los sentimientos, gustos, concepciones, conductas, roles sociales, "deber ser", valores de la progenie, acompañando su vida y especialmente las relaciones entre quienes ya han sido "designados" como hombre o mujer.

¿Es entonces ser hombre o mujer un proceso absolutamente natural? ¿Hasta qué punto la naturaleza es la responsable única de ese ser mujer o hombre que somos y de las formas de relaciones que, como hombres y mujeres, establecemos entre nosotros? Será alrededor de posibles respuestas a estas preguntas que andará este artículo, consciente de la importancia que el asunto tiene para quienes, desde nuestras comunidades, trabajan por continuar perfeccionando la calidad humana de nuestra sociedad basada en relaciones de justicia y equidad entre las personas y en la construcción de identidades que no se conviertan en un bumerán de nuestra condición humana, que es única.

Sexo y género

En el ejemplo con que inicié estas reflexiones, sobre el embarazo y el nacimiento de una niña o un niño, y los eventos que se suceden en torno a esto, se ponen en juego dos elementos que son parte de nuestra identidad como seres humanos: el sexo y el género.

Distincuir entre sexo y género, y al mismo tiempo entender cómo y porqué se manifiesta su relación, constituye una de las premisas básicas para comprender y asumir con mayor justeza y claridad el comportamiento de las relaciones entre los hombres y las mujeres, y entre los seres humanos en general. Esa distinción es entonces clave para, desde una cosmovisión más equitativa y humana, impedir sumarnos a ese hacerle el juego al viejo hecho cultural que nos imponen, y nos conducen a imponer, patrones de pensamientos, afectos y conductas excluyentes de la unidad desde la diversidad que realmente somos.

¿Qué significa entonces ser femenino o masculino? Desde la escuela aprendimos que, en los seres humanos y en gran parte de los seres vivos, el sexo es determinado en el momento de la fecundación o unión de espermatozoides y óvulos, las conocidas células sexuales. Aprendimos que esas células sexuales de los seres humanos contienen precisamente los cromosomas sexuales X o Y. Los óvulos solo tienen X. Los espermatozoides tienen X o Y. De ahí que en el juego en que se enfrentan ambos, la combinación XX dará mujer, y XY dará hombre. Parece muy

claro entonces que el factor decisivo en la determinación del sexo reside en la clase particular del espermatozoide que fertiliza el óvulo.

Dicho de otro modo, desde códigos más estrictamente científicos, según esta visión embriológica y genética, si el espermatozoide que fecunda el óvulo contiene un cromosoma X la descendencia será femenina (46XX) y si es un espermatozoide que contiene un cromosoma Y la descendencia será masculina (46XY). Como vemos, es un proceso biológico en el que el azar juega su papel.

De esta manera ser masculino o femenino significaría solamente contar, desde el desarrollo embrionario posterior a la fecundación, con una diferenciación cromosomal XX o XY. No obstante, se ha comprobado ya que las características cromosomales por sí solas no son suficientes para diagnosticar el sexo, que las mismas solamente constituyen un factor,... dentro de una multiplicidad de factores determinantes del sexo. Se complica el asunto, ¿no? Para tratar de entenderlo mejor, sigamos esa lógica del conocimiento aprendido en las escuelas y, a partir de ahí acerquémonos a una nueva manera de entender el sexo. Veamos.

Según nos enseñaron, cada cromosoma está constituido por una macromolécula de ADN --que se llama, ¡vaya nombrecito!, ácido desoxirribonucleico--. Un segmento de esta macromolécula constituye un gen. Entonces, la información genética contenida en los genes depende de las características y propiedades químicas del segmento de ADN que lo constituye, por medio de las cuales se regula y controla la síntesis de determinadas proteínas. Y son dichas proteínas las que, a la larga, inciden en la expresión de las características anatómico-funcionales --que se conocen como características fenotípicas-- del nuevo individuo. Y es ahí, precisamente, en esa expresión, donde la relación e interacción del individuo con el medio ambiente juega un papel determinante. Como vamos viendo, el asunto no es tan simple.

Partiendo de lo anterior podríamos entonces deducir que proteínas sintetizadas a partir de la información genética contenida en genes de los cromosomas sexuales X o Y, heredados de nuestros progenitores, toman parte en la expresión de lo que se conoce como características sexuales masculinas o femeninas, las que, junto a las características cromosomales, son consideradas como factores determinantes del sexo.

Entre ellas están, por ejemplo, la presencia de gónadas masculinas (testículos) o gónadas femeninas (ovarios); de genitales masculinos (pene, escroto), o de genitales femeninos (labios mayores, labios menores, clítoris, etc.); de estructuras internas masculinas (vesícula seminal, próstata, ámpula, conducto deferente) o de estructuras internas femeninas (útero, trompas de Falopio, etc.); la predominancia hormonal femenina o masculina (progesterona o estrógeno); las diversas características corporales conocidas como características sexuales secundarias (estructura ósea, distribución de la grasa, musculatura, distribución de los vellos del cuerpo, tono de voz, etc) que se observan en la pubertad.

De lo dicho parece no demasiado difícil entender que, teniendo en cuenta las características cromosomales y las mencionadas anteriormente, contamos con al menos seis particularidades que posibilitan la determinación del sexo de una persona.

También se pudiera pensar que para tener un individuo con todas sus características masculinas o femeninas bastaría con que un embrión cuente en sus células con cromosomas XX o XY. ¿Claro? Pareciera que sí. Sin embargo, no siempre ocurre de esa manera.

¿No está todo dicho entonces?

Tanto la sexología, como otra área más reciente del conocimiento llamada generología¹, han demostrado que cada uno de estos factores es independiente

¹ Área del conocimiento que se dedica a los estudios de determinación de los géneros, al estudio de la construcción de las identidades de género y de su relación, fundamentando su estudio en lo que se conoce

entre sí. Han probado que existen personas que pueden nacer con pene y ser XX, es decir, cromosomalmente mujeres, o con vulva y ser XY, o sea, cromosomalmente hombres. En otras palabras, lo que esas ciencias han probado es que aún cuando en la expresión de las características sexuales incidan los genes de los cromosomas X o Y, esto no implica que se sea sólo masculino o femenino en todos los determinantes a la vez, en tanto unidades únicamente femenina o únicamente masculina, sino que también se puede ser masculino y femenino para cada uno de ellos. Así ocurre o puede ocurrir. Entonces, en el caso de estas probabilidades intermedias que existen, ¿de qué sexo estaríamos hablando: femenino o masculino?

No voy a dar una respuesta acabada, pero teniendo en cuenta estos descubrimientos podrán concordar conmigo en que no es suficiente y es insostenible científicamente diagnosticar sexualmente a un recién nacido como femenino o masculino basando tal diagnóstico sólo en uno de los factores determinantes -generalmente la presencia de pene o la vulva -. Mucho menos catalogarlo definitivamente como hombre o mujer.

Por la significación que le otorgo quisiera ahora volver a algo ya señalado: en la expresión de las características fenotípicas, dentro de las que se encuentran las características sexuales, juega un papel determinante la relación e interacción del individuo con el medio ambiente. Esto nos proporciona una perspectiva de cambio, de modificación en la expresión de esas características, e incluso constituye una de las garantías del desarrollo evolutivo de las especies, por medio de la cual determinadas potencialidades genéticas se expresan o no, o se modifican en dependencia del medio ambiente en que la persona se desarrolla.

En el caso de los seres humanos --resultados de una evolución biológica y social y por ende unidades biosociales--, la expresión de las características sexuales no escapa del papel determinante de la unidad entre estas dos dimensiones de su evolución y que se manifiestan como parte de su medio ambiente.

Ya es claro que la expresión de las características sexuales (o factores determinantes del sexo) que hemos visto puede ser modificable en la interacción biológico-social con su medio ambiente. Escapan a ello solo las características cromosomales que surgen en el momento de la fecundación y son, hasta el momento, inalterables de por vida.

Otras diferencias más allá de la naturaleza evidente

Para nadie es un misterio que, independientemente de sus características cromosomales femeninas, una mujer deportista puede desarrollar una musculatura que puede ser superior a la que cualquier ser masculino que nunca haya hecho ejercicio físico. De otra parte, por tratamiento hormonal también se pueden modificar parcialmente las características corporales. Y aun cuando el cambio de las estructuras genitales requiere de una intervención externa, ajena al organismo, también ocurre y es parte de interacción de los seres humanos actuales con su medio ambiente desde su condición biosocial.

Lo anterior nos habla de otro principio establecido por la generología: la impermanencia de las características sexuales, según lo cual, como hemos visto, dichas características, salvo las cromosomales, pueden ser modificadas a través del tiempo.

Que algunos individuos nos parezcan marimachos o mariquitas son sentidos que usamos peyorativamente para identificar lo que realmente son lesbianas, transexuales, gay, es decir, personas con una determinada orientación sexual diferente de las que nos acostumbramos a ver como "normales"; que no les gusten a muchos y que traten de obviarlas y excluirlas, y en el mejor de los casos verlas

como personas portadoras de "anormalidades" e incluso "enfermedades", nada tiene que ver con la biología y sí con el largo proceso de construcción social del hombre o la mujer que ha determinado que asumamos como "naturales" solo al hombre o la mujer heterosexuales.

¿Qué es entonces, en definitiva, ser hombre o mujer? A estas alturas de estas líneas parece ya suficientemente claro que no se nace hombre o mujer sino que se aprende a ser hombre o mujer.

A diferencia del sexo, el género (los atributos, comportamientos, conductas que nos hacen vernos y que nos vean como hombre o mujer) no es un fenómeno natural. Ser hombre o mujer es un hecho cultural, es el resultado de una construcción social, no biológica, que se edifica y transmite al mismo tiempo de una generación a otra, adicionándole la impronta de cada época, de cada contexto. Media entonces, digamos, un proceso de enseñanza-aprendizaje que se fundamenta en las "diferencias"² entre dos sexos únicos. Una mujer del siglo XIX, para ser tal, no podía, por ejemplo, usar pantalones porque esa era una prenda considerada de y para hombres. Hoy eso quedó atrás. Nadie se detiene a pensar en ello. Pero todavía en algunas culturas, la nuestra incluida, llorar no es de hombres, por ejemplo. ¿Y qué tienen que ver la naturaleza y los genitales en todo esto?

De este modo, mientras la herencia biológica determina las características celulares, anatómico-funcionales masculinas y/o femeninas, como ya hemos visto, la construcción social, incluida la herencia cultural contextualizada, determina principios que condicionan las maneras "correctas" de sentir, pensar y actuar como mujeres y hombres, conformando la identidad masculina y femenina. El género es entonces una construcción socio-cultural histórica y contextual mediatizada y determinada por las diferencias sexuales, pero enmarcadas erróneamente en dos únicos polos sexuales.

Otra característica del género es su carácter relacional. Es decir, al hablar de género no sólo nos estamos refiriendo al hombre y la mujer por separado sino que estamos tratando de la relación entre hombres y mujeres.

Aprendemos a ser hombres distinguiéndonos de las mujeres y viceversa, y nos expresamos como tal a través de nuestras formas de relacionarnos mutuamente. ¿Cómo se enseñaría, se aprendería y se terminaría siendo hombre sin el patrón que tenemos sobre lo que es ser mujer y cómo se enseñaría, se aprendería y se fuera mujer sin el patrón que tenemos sobre lo que es ser hombre? De ahí que si, como tenemos introyectado, el hombre *tiene* que ser el proveedor del hogar, nos parece "incorrecto" que sea la mujer la que asuma ese papel y culpamos al hombre que no lo asume. En otro caso, si a las mujeres *les toca* limpiar la casa, un hombre que lo haga no es visto como tal. La relación resulta obvia.

Queda claro entonces que esas relaciones están sustentadas por estereotipos, es decir, por representaciones, ideas y sentidos preconcebidos culturalmente que hacen parte de un sentido común predominante, que son producidos por una simplificación excesiva y escaso juicio crítico. Y también por razones de poder. Como en cualquier otro caso estos estereotipos son nocivos en la medida en que, entre otras cosas, dan pie a juicios injustos que repercuten en la relación de las personas en nuestras comunidades.

Volvamos a los ejemplos para ilustrar el tema, aun a riesgo de simplificarlo. Si preguntamos a un hombre o una mujer sobre las cualidades que, en su opinión, debe tener una mujer u hombre promedio, con seguridad en el caso del hombre, nos hablarán de rasgos tales como la fortaleza, el valor, la confianza en sí mismo, el carácter emprendedor, "propios" del "sexo fuerte". Y en cuanto a la mujer le adjudicarán cualidades como la intuición, la afabilidad, la emotividad, la

² Según el Pequeño Larousse ilustrado diferencia es falta de similitud. También es controversia, debate, disensión. En el caso que nos ocupa lo que llamamos diferencias sexuales es solo aquello que biológicamente nos hace distintos, diversos dentro de la especie humana.

sensibilidad, la ternura, la dependencia, el gusto por el chisme, entre otras "comunes" al "sexo débil".

Pero, ¿acaso no existen personas que identificamos como hombres, varones masculinos, que pueden tener o que de hecho tienen algunas de las cualidades otorgadas socialmente a la mujer y viceversa? La respuesta es positiva. Sin embargo, personas así suelen no ser bien vistas porque lo que sucede en realidad es que estamos en presencia de un patrón socio-cultural --que mediatiza y condiciona tales valoraciones— que es un patrón patriarcal³, androcéntrico que, dentro de su ética masculina de hombre "poderoso" y "dominante", no admite la debilidad, ni admite la fortaleza en la femenina de mujer "débil" y "dominada".

Ya lo sabemos: en las raíces de este ser hombre o mujer como producto socio-cultural se encuentran las diferencias genitales. Y en esto tal vez haya tenido que ver la percepción humana sobre la fortaleza biológica de la mayoría de los machos de diversas especies, defensores de la manada, y de la debilidad de la hembra, que paré y cuida de su cría a buen recaudo, protegida de los depredadores... aunque las leonas sigan siendo quienes salgan en busca de la comida.

La relación sexo-género

¿Cómo se manifiesta la relación entre sexo y género?

Si bien he intentado dividir este trabajo en tres preguntas fundamentales para posibilitar una mayor comprensión sobre el sexo y el género como elementos de nuestra identidad como seres humanos, y asumir de manera diferente dicha identidad y nuestras relaciones, habrán notado que lo mismo en la respuesta a la primera pregunta como en la segunda he abordado términos relacionados tanto con el sexo como con el género. Y es que el sexo y el género constituyen dos elementos en unidad, en la unidad biosicosocial que representamos los seres humanos.

Entonces, es imposible hablar de género, de hombres y mujeres, de la relación entre ambos sin mencionar el sexo como un determinante decisivo de aquel, ni hablar de la expresión del sexo y la interpretación que hacemos de él, sin tener en cuenta el género.

Ya vimos que el género se asigna a una persona a partir de ser diagnosticada sexualmente como femenina o masculina, como niña o niño, como hembra o varón. Y sabemos que incluso mucho antes de conocerse los genitales de la criatura, los padres y las madres especulan sobre el sexo del futuro hijo o hija, y en su imaginación se elaboran planes donde ya están establecidas las diferencias sicosocioculturales que conciernen a las vidas de las futuras criaturas.

De esta manera el error de asumir como única la posibilidad de una bipolaridad sexual --carente de un diagnóstico objetivo de la realidad sexual, física y mental de los seres humanos--, se hace aún más recurrente, aberrante y arcaica. «El cuerpo en su sexuación se convierte en una sede y en *un nudo de cultura*, y las actividades sexuales se enmarcan en códigos de decisivo sentido cultural»⁴.

Así, una cadena lineal de sucesos conforma representaciones que se expresan en actitudes y comportamientos que no nos conducen a la calidad humana que deseamos en nuestras sociedades. Vemos como natural que, si se nace con pene, se es de sexo masculino, y por lo tanto se es hombre. Desde esa "naturalidad", siendo hombre hay que identificarse con el color azul, no tener

³ Patriarcal (patri-padre, arche- principio), el padre, lo masculino como principio de organización de la sociedad (Gebara, Ivone, *Cultura y relaciones de género*, Equipo del CEPIS, Sao Paulo, 2002) . El sistema patriarcal es un sistema de relaciones sociales construido desde una perspectiva androcéntrica y sexista, que coloca al varón en el centro de todo, promoviendo la dominación del sexo masculino sobre el sexo femenino, del hombre sobre la mujer. Establece una identidad masculina rígida, inflexible y castrante de las potencialidades humanas; y una identidad femenina de sumisión y servicio centrada en su rol reproductivo por ende también castrante de sus posibilidades como ser humano.

⁴ Alizade Alcira, Mariam, *Psicoanálisis y relaciones de género*, capítulo I: Relaciones lógicas y controversias entre género y psicoanálisis, pág 19, Distribuidora Lumen y Asociación Psicoanalítica Internacional, 2004

miedo, no llorar, tener una alta y ostensible tendencia erótica respecto al sexo opuesto, tener varias experiencias amorosas antes, después y hasta durante el matrimonio, asumir la responsabilidad y el control de la economía del hogar. Y todo ello porque se ha enraizado la creencia de que el hombre está mejor dotado que la mujer para el trabajo --entendido como la capacidad de crear, de producir-. De otro lado, si se nace con vulva se es del sexo femenino, y por lo tanto mujer. Y para serlo hay que identificarse con el color rosado, ser tierna, recatada, dócil, tener una tendencia erótica --tal vez no demasiado ostentosa-- y de servicio al sexo opuesto, ser hábil en el manejo del hogar, en el cuidado y protección de los que la rodean. Se trata de que lo único "verdadero" es que haya sido dotada de la capacidad de gestar en su vientre una nueva vida, y de ahí que se le asigne la capacidad de servir, de "pasar trabajo" --entendido como la capacidad de asumir, sobre todo y ante todo, un rol reproductivo--.

¿Es que no resulta ficticio, simplista, impositivo, excluyente, injusto e inequitativo tal encuadre bigenérico después de todo lo que hemos estado tratando?

Por suerte en nuestra sociedad, y en muchas otras del mundo de hoy ya hace rato encontramos criterios, mentalidades y actitudes que se contraponen a los viejos postulados sobre ambos sexos o géneros. La diversidad que nos caracteriza y la lucha por exigir los derechos que tal diversidad humana impone se manifiesta cada día más. A pesar de ello, también en nuestra sociedad y en el mundo aún siguen presentes las formas de pensar, diagnosticar y actuar que tratamos de contradecir en este trabajo. No en balde estamos en presencia de un fenómeno cultural naturalizado que se sostiene y perdura en la subjetividad humana más allá de otras transformaciones. Y de aquí su difícil pero no imposible erradicación.

Una pretensión conclusiva y nuevos cuestionamientos

Reitero que la división y determinación sexista y binaria del género no es parte de la naturaleza sino que es una creación cultural que se ha mantenido a lo largo del proceso histórico de la humanidad. Sin embargo, reflexiones y hechos de épocas recientes y de la nuestra ya han comenzado a ser acumulados antagónicos a los condicionamientos culturales de tal creación. Por lo tanto, el fenómeno es transformable socioculturalmente. Se hace evidente que al asumir genéricamente la naturaleza que somos, tendríamos que incluir más de dos posibilidades, e incluso cuestionarnos lo que hoy estamos llamando hombre o mujer.

Es un hecho que no somos iguales. Una realidad biológica nos lo confirma. Y esa realidad nos anuncia que individualmente no somos tan uniformes como se nos pinta. Es un hecho que lo que consideramos diferencias sexuales entre una persona y otra sólo nos hace distintos. Tomar tales "diferencias" como justificación para ubicar en roles sociales diferentes a la mujer, al hombre y a otras identidades genéricas intermedias, aún sin nombrar ni considerar del todo como tal, sólo tiene un objetivo: encubrir y mantener la dominación de un género sobre otros.

La llamada igualdad puede conllevar a la pérdida de la multiplicidad de identidades que nos caracteriza. Aceptarnos, asumirnos e incluirnos como distintos en la construcción de un modelo de sociedad que nos tenga en cuenta como distintos, sin hacer de la diferencia desigualdades que deshumanicen nuestras relaciones, es un reto que bien vale la pena asumir.

Cuestionarnos sobre el hecho de ser los hombres o mujeres que somos sólo puede tener un sentido: acercarnos más a nuestra condición humana biosicosocial. Coincidiendo con lo que expresara Mariam Alizade⁵, aunque no podamos evitar la incidencia de ideas de otras épocas en nuestras formas de pensar la vida, no hay una sola forma de hacer la vida.

⁵ Mexicana, Presidenta del Comité de Mujeres y Psicoanálisis, miembro de la Asociación Psicoanalítica Internacional y compiladora del libro *Psicoanálisis y relaciones de género*.

Parece bueno terminar estas reflexiones citando a la misma autora que ha afirmado:

"Hacer la vida implica una aventura de cada uno, inmerso en la inmensidad de las constelaciones vitales, circunstancias y acontecimientos. Es una aventura influida por la historia y las experiencias singulares, en el marco de la universalidad de la condición humana. La mujer sola, la mujer sin hijos, el hombre mantenido por la mujer, la persona homosexual, entre otros, constituyen estereotipos psicosociales sobre los cuales fácilmente recaen prejuicios que les otorgan calificaciones o valores."

Bibliografía

- Masters, William H., Johnson, Virginia E, Kolodny Robert C., *La sexualidad humana*, tomo 2, Evolución. Aspectos Psicosociales, Grijalbo, Barcelona, 1995.
- Ortiz Gutiérrez, Javier, *Las 100 preguntas y el arco iris del género*", Fundación Gaia, San José, 1996.
- Gebara, Ivone, *Cultura y relaciones de género*", Centro de Educación Popular del Instituto Sedes Sapiensae, Brasil, 2001
- Berovides Álvarez, Vicente, *¿Evoluciona aún el hombre?*, Instituto Cubano del Libro, Editorial Científico-técnica, en la ciudad de la habana, 2002
- Alizade, Mariam, Lartigue, Teresa, *Psicoanálisis y relaciones de género*", Lumen, Buenos Aires , 2004